

DE BUENAS LETRAS

Cien años en una tierra yerma

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS De la Academia de Buenas Letras de Granada

El poema de T. S. Eliot 'The waste land' apareció como primicia en la revista 'The Criterion', en el volumen que inauguraba la colección en octubre de 1922. Según el crítico F. R. Leavis, el título deriva del estudio antropológico en la obra de J. L. Weston 'From ritual to romance' y tiene el significado de un ritual de la fertilidad. Del poema hay diversas traducciones al español tanto en nuestro país como en América, por lo que su lectura es bien conocida, y su influencia ha sido enorme en la poesía española como es bien sabido. No se trata de un poema fácil, ni mucho menos, pero su densidad y profundidad no son sinónimos de oscuridad o de elucubración poética. En sus 434 versos y cinco partes, 'La tierra baldía' (o yerma, ni labrada ni cultivada, el erial) conforma una compleja reflexión sobre la vida y la muerte, sobre la falta de espiritualidad y, me atrevo a decir, sobre la búsqueda y la necesidad de esperanza; el poema está lleno de referencias y de citas, de cambios de registro, de saltos lingüísticos sorprendentes.

Una de las críticas más constantes al poema se basa en su falta de uniformidad, en su dispersión temática y discursiva. Y precisamente esto es lo que le confiere mayor originalidad y fuerza: hay una especie de mimetismo entre la des-

conexión de sus contenidos y la sociedad humana en la que se inserta, entre sus versos y el hombre desorientado y vacío, en la esterilidad de una época. Las referencias a Jules Laforgue, a Baudelaire, a Dante, a la Biblia, a Spenser, a Gerard de Nerval, a Thomas Kyd..., la cita sería innúmera, logran su integración en el verso sorprendiendo y creando un clima de tensión más allá de la mera palabra.

¿Qué podemos decir cien años después de su aparición? La respuesta obvia es que hay que leerlo o releerlo, comprobar su vigencia y su transposición actual. Al fin y al cabo, es un clásico, tiene una clase que admiramos, que reconocemos y que se mantiene, que pervive y continúa. El comienzo del poema, que me tomo la libertad de poner en mis propias palabras, nos presenta una visión trágica, una obertura ominosa: «Abril es el mes más cruel, criando/ lilas de la tierra muerta, mezclando/ la memoria con el deseo, removiendo/ raíces sombrías con la lluvia de primavera». Y el final es una cita en sánscrito de los 'Upanishads': «Datta. Dyadhvam. Damyata.» («Da. Compadece. Domina.»), «Shantih shantih shantih» («La paz que transmite el entendimiento», en palabras del propio Eliot). Su lectura nos acerca, al menos, a una poesía cuyo significado tratamos de entender y en el cual, quizás, vivamos.